

Comentarios a la Epístola de Pablo a los Romanos IV, 13:8-10, de Pedro Abelardo

Natalia Jakubecki

Introducción

La filosofía moral de Pedro Abelardo (1079-1142) ha sido estudiada principalmente a través de sus dos obras estrictamente éticas: la *Ethica seu liber Scito te ipsum* y las *Collationes sive Dialogus inter philosophum, iudaeum et christianum*. Pero ello no quita que muchos pasajes de sus restantes obras completen no sólo la letra sino el espíritu de la ética que pretendió plantear el Palatino. Entre éstas, los *Commentaria in Epistolam Pauli ad romanos* se muestran como la obra, si bien teológica, más cercana al tratamiento de cuestiones de esta índole. De hecho, no es casual que Abelardo haya elegido comentar la carta con mayor contenido moral de todas las paulinas, y mucho menos cuando ésta proviene de la pluma del “apóstol de los gentiles”, de aquél a quien se creía cercano al gran moralista Séneca¹. La insistencia en que Cristo nos ha salvado no sólo por su sacrificio sino también a través de su mensaje es una clara muestra del enfoque ético que recorre la mayor parte del comentario y, por tanto, de las mismas inquietudes de su autor. Éste, más que ningún otro libro bíblico, le permitía al *Magister* expedirse sobre las ideas acerca de la gracia, la ley natural y la caridad; esas mismas ideas que había soslayado en el *Scito te ipsum*, sobre todo en lo que concierne a la consideración de la conducta de los infieles.

¹ Entre las numerosas referencias de Abelardo a Séneca a lo largo de toda su obra, es interesante citar la siguiente, puesto que da una imagen clara de la visión que el Palatino tenía de aquél: “*Seneca quoque, inter uniuersos philosophos tam moralis doctrinae quam uitae gratiam adeptus, spiritum sanctum omnium distributorem donorum patenter profitetur, ita de ipso ad Paulum apostolum in iv scribens epistola...*”, *Th. sch.* i, 198. El texto que sigue a esta cita se corresponde con la epístola VII que se encuentra hoy editada en Pseudo-Séneca, “*Epistolae Senecae, Neronis imperatorem magistri, ad Paulum apostolum et Pauli apostoli ad Senecam*”, en Friedrich Haase (ed.), *L. Annaei Senecae opera quae supersunt*, Leipzig, 1895, vol. 3, pp. 476-481. Es manifiesto que, para Abelardo, la supuesta correspondencia entre Séneca y Pablo de Tarso es auténtica, lo cual eleva aún más su estima por él.

Dada la imposibilidad de traducir la totalidad de los *Commentaria* por su gran extensión, he elegido un pasaje que considero central, y es el que corresponde al comentario de los versículos 8 a 10 del libro xiii, donde Pablo afirma que el amor es la plenitud de la ley. Tres son las razones que hacen de este pasaje una lectura obligatoria si realmente se pretende comprender la ética abelardiana. La primera de ellas es que, para nuestro filósofo, toda acción humana debe nacer del amor espontáneo y desinteresado a Dios y al prójimo, pues este amor es, en definitiva, la condición necesaria y suficiente no sólo de la conducta moralmente buena sino, incluso, de la meritoria. La segunda razón es que éste es uno de los tres pasajes en donde Abelardo indica explícitamente que las problemáticas trabajadas en los *Commentaria* se entrecruzan con las de su *Ethica*, es decir, ambas obras aparecen vinculadas ya no por los estudiosos sino por el mismo autor². Finalmente, porque aquí resuena la voz de Agustín con una claridad digna de atención. Y aunque parezca un motivo menor, no lo es en absoluto, pues quien no entienda la profunda influencia agustiniana en el pensamiento de Abelardo, no podrá entender, tampoco, el núcleo de su doctrina ética.

² Los restantes pasajes son: ii, 4:8 y iv, 14:23. Por su parte, esta relación es uno de los motivos que conducen a pensar que la redacción de ambas obras fue contemporánea. Así, es posible datarlas *circa* 1136. Véase Constant Mews, "On dating the works of Peter Abelard", en *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Âge*, 52, 1985, pp. 73-134.

Traducción

*Comentarios a la Epístola de Pablo a los romanos, IV, 13:8-10*³

13:8

A nadie le debas nada, a no ser amor mutuo, pues quien ama al prójimo cumple la ley

“A nadie le debas nada” esto es, absuelve a todos de sus deudas, a condición de que reconozcas que no deben nada más allá de la caridad, la cual siempre ha de ser pagada, puesto que siempre es debida. Y así, siempre ha de ser gastada, puesto que más se retiene cuando se gasta. El dinero, por el contrario, cuando es gastado aumenta para el que lo recibe y disminuye para el que lo da. Amar al otro a causa de sí mismo es elegir rectamente.

“Mutuo”, es decir, entre ustedes, para que sea amor mutuo.

Entiende por “prójimo” a todo hombre, el que está unido a nosotros en la naturaleza de la humanidad y desde el padre Adán arrastra nuestro origen común con nosotros. Pues si el Apóstol lo entendiera como judío, según lo que se dice en la ley: “no vivirás de la usura de tu prójimo, sino del extranjero”,⁴ de ningún modo puede sostenerse lo que dice: “el que ama al prójimo no cometerá adulterio...”,⁵ porque entonces estas cosas podrían ser cometidas por los infieles.

“Ley” de Moisés, dice, donde están contenidos los preceptos que añade.

³ La siguiente traducción pertenece al Anexo A de mi tesis doctoral, *La propuesta ética abelardiana como apertura al diálogo con los infieles*, presentada en la Universidad de Buenos Aires en octubre de 2014. Las omisiones que se encuentran señaladas entre corchetes ([...]) corresponden en su gran mayoría a citas de Autoridades. He decidido no traducirlas ya que, por su abundancia y recurrencia, extienden el texto en demasía a la vez que no aportan ninguna novedad a la cuestión filosófica.

⁴ Dt. 23:20-21.

⁵ Cf. *infra*.

13:9

Porque no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás..., y si alguna otra cosa es mandada, en este precepto está incluida: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

“*Porque no cometerás adulterio*”. La ley parece determinar que adulterar o fornicar es ilícito para todos. De lo contrario, de ningún modo estaría prohibida la fornicación que es cometida por quienes no están casados. Así, cuando dice “*no cometerás adulterio*” presenta la especie por el género, mientras que, por el contrario, en “*no matarás*”, expone el género por la especie. Porque al hombre le está prohibido matar al hombre, pero no a las bestias. En este caso, por el contrario, el hombre mata al hombre, no [lo hace] Dios por él, como ya dijimos, cuando éste se conduce por su propia voluntad y no exigido por la sanción de la ley divina. De la que, en todo caso, instruyendo el Señor a Pedro sobre el asesinato injusto, dice: “*Quien mata por la espada, por la espada muere*”⁶.

El que asesina por sí, dice, no quien ha recibido un poder para ejercer la justicia, es digno de morir por la espada. Pues entonces hace aquello solamente por sí y no por Dios, puesto que se hace homicida para satisfacer su propia voluntad y no para ejercer la justicia. De ahí Agustín, en el capítulo XXVII de *Cuestiones sobre el Éxodo*: “como cuando el verdugo mata a uno cuya muerte fue ordenada por el juez. Si lo hiciera por propia voluntad, sería un homicida, incluso aunque sepa que la muerte de quien está asesinando fue debidamente ordenada por el juez”⁷.

“*No robarás*”, esto es, no le quitarás a los otros de manera fraudulenta. Los hebreos no robaron cuando despojaron a los egipcios por mandato divino, pues hicieron esto por Dios más que por ellos mismos.

El “*falso testimonio*” es hablar en contra de la conciencia.

No sólo “*no codiciarás*” sino que tampoco tomarás lo ajeno.

“*Y si alguna otra cosa es mandada*”. Lo que dijimos antes sobre el amor se completa “*en este precepto*”: ama. Una cosa es decir “como a ti mismo”, y otra

⁶ Mt. 26:52

⁷ Agustín de Hipona, *Quaestionum in Heptateuchum*, ii, 39, 11, 2.

“tanto como a ti”. Naturalmente, en aquello se manifiesta una semejanza, en esto igualdad. Es por eso que la Verdad dice: “sean misericordiosos tal como lo es su Padre celeste”⁸. La semejanza expresa la misericordia más que la igualdad. Porque si cada uno debiera amar tanto como yo, todos habrían de amarme por igual. Pero, puesto que parece que nadie debe ser amado sino a causa de Dios, cada uno es más digno de ser amado tanto como Dios es lo más querido y mejor. Pues si Dios, que es lo mejor, debe ser amado sobre todas las cosas, cualquier cosa que sea mejor después de Él debe ser amada más ampliamente que otras. De otro modo el amor no sería ordenado⁹. Sin embargo, amamos más a aquél que elegimos como el más bueno.

Es lícito que sirvamos menos a los bienes corporales, o a su salud menos que a la nuestra, o que prestemos atención a los que se nos adhieren espiritualmente. Por el contrario, entonces nos amamos como a cualquiera, desde que queremos llegar a la beatitud nosotros como ellos, más por la intención que tenemos hacia ellos que hacia nosotros, puesto que sin duda creemos que es bueno para ellos lo que lo es para nosotros. Quizá aunque alguno odiara a otro, querrá que él ya esté en el Paraíso, para el cual no puede elegir nada mejor, y sin embargo no creo que lo quiera cuando aquél no lo hace tanto a causa de éste como a causa de sí, de lo que debe ser liberado.

13:10

El amor al prójimo no lleva a hacer lo malo. Por eso la plenitud de la ley es el amor.

“*El amor al prójimo*”. En verdad el que ama al prójimo no cometerá adulterio, no matará, etc., puesto que ninguna cosa “*lleva a hacer lo malo*” profundamente. De allí que aparece David. Pues mientras Betsabé fornicaba o Uriam se lanzaba a la muerte, de ninguna manera habían querido al prójimo; pero del otro habla el Apóstol: “Porque el que no ama al hermano que ve, ¿de qué modo puede amar a Dios, a quien no ve?”¹⁰.

⁸ Lc. 6:36.

⁹ En este pasaje más que ningún otro quizá, se hace patente la influencia de la concepción agustiniana del *ordo amoris*.

¹⁰ I Jn. 4:20.

En este caso no parece haber amado a Dios. Pues ¿cómo se puede decir que ama a otro según sí mismo, cuando no se ama verdaderamente a sí quien, al pecar, no se abstiene de la muerte del alma? Está escrito, sin dudas, que: “el que ama la iniquidad, odia a su alma”.¹¹

“*Por eso la plenitud*”. Puesto que el amor al prójimo cumple la ley, como se dijo, entonces se admite que mucho más con respecto a su género mismo que “*es el amor*”. Cómo la suma de todos nuestros méritos consiste tanto en el intenso amor a Dios como al prójimo, si podemos, debemos explicarlo, y además demostrar de qué modo, si se omite el amor a Dios, que es mayor, es un atrevimiento decir que el amor al prójimo cumple la ley.

Nuestro sincero amor a Dios es el más elevado con respecto a Su voluntad, por la que tanto más nos empeñamos en agradecerle cuando más reconocemos que debe ser complacido. Pues procuramos esto de corazón y de alma cuando dirigimos por entero la intención de nuestro amor hacia Él, no tanto porque nos sea útil, sino porque esperamos que Él sea complacido. De lo contrario, pondremos el fin de nuestro amor más en nosotros que en Él mismo, es decir, la causa suprema y final. El verdadero amor a Dios es para nosotros la disposición para la divina gracia de nuestra Salvación. Verdaderamente ama al prójimo como a sí el que, a causa de Dios, tiene tan buena voluntad que se empeña en comportarse por Él; para que aquél no pueda quejarse legítimamente de sí, ni tampoco sea capaz de quejarse legítimamente de lo que quiere que a partir de aquello se haga en su favor.

Pero por esto, dos preceptos de la ley natural se refieren a aquél amor al prójimo: “Lo que no quieres para ti, no se lo hagas a otros”, y: “Lo que quieres que los hombres hagan contigo, hazlo tú a ellos”¹². El conocimiento que se debe tener de estos preceptos quizá no a todos es manifiesto. Pues a menudo, por amor a los otros procuramos el honor o el beneficio que rehusamos aceptar de ellos, o a menudo castigamos o asesinamos a los otros por justicia, pues con esto de ningún modo queremos padecer por los otros. ¿Quién ignora que a veces queremos que se haga con nosotros aquello que no conviene? Sin embargo, no por eso debemos hacer esto a los otros. Si quisiera asentir en lo malo a mi favor, ¿acaso para pecar debo asentir de igual modo a otras cosas? Con frecuencia se exigen para el prelado obsequios de los súbditos tales que de ningún modo conviene que se den, y los pobres quieren

¹¹ Sal. 10:6.

¹² Tob. 4:15 y Mt. 7:12 respectivamente.

hacerse de muchas riquezas que en modo alguno pueden conseguir para los otros, aunque puedan cumplir esto: “lo que quieres que los hombres hagan contigo...”. [...]

Así, [estos preceptos] deben ser aceptados para que entiendas que debes cuidarte de las injurias y consagrarte a los beneficios, como si [el Apóstol] dijera: así como no quieres ser injuriado, así abstente de ofender a los demás; y así como quieres ser ayudado misericordiosamente en tus necesidades, del mismo modo ayuda a los otros, si puedes, en las suyas. Pues nadie bueno considera que tiene el derecho de algo que cree que de ningún modo le corresponde. Pero como Dios debe ser amado a causa de sí, y el prójimo a causa de Dios, consta que en el amor al prójimo está incluido el amor a Dios, pues ciertamente, éste no podría existir sin el amor a Dios. De allí que, aunque expusimos esto, añadimos: presta atención al “a causa de Dios”. El amor a Dios es naturalmente anterior al amor al prójimo, porque Dios es anterior a éste; pero no necesariamente se extiende el amor al prójimo a la inversa, pues Dios puede ser amado sin amar al prójimo. De allí que el Apóstol dijera correctamente que el amor al prójimo parece cumplir la ley más que el amor a Dios.

Con justa razón se puede preguntar si también debemos querer a aquellos que están en el infierno o que no están predestinados a la vida. O si en la otra vida los santos aman a todos los prójimos como a sí mismos, tanto a los elegidos como a los que ya ven condenados y a los que prevén que lo serán, porque lo reveló Dios. Pero, aunque, según dijimos, por “prójimo” debe entenderse todo hombre, ¿de qué modo conservan el amor al prójimo, si algunos no aman? O ¿cómo son considerados más perfectos allí que aquí, si en ellos el amor al prójimo es acotado o diminuto? Y, aunque amemos a los santos ángeles, no debemos amar a los perversos. En consecuencia, ¿de qué modo es razonable nuestro amor o el de ellos, si en éste abrazamos a los seguidores del diablo? ¿Acaso, puesto que en esta vida ignoramos quiénes están predestinados o no, por esto mismo actuamos razonablemente al amar a todos o al orar por todos? O, si esto no es hecho de manera razonable, ¿cómo se nos manda a hacer esto por ellos y no más bien por nosotros, cuando esto nos ayuda más a nosotros a que ellos mismos? ¿Cómo es recta la intención que es errónea? Puesto que creemos que esto habrá de suceder con ellos, esto hacemos. Hasta ahora la ignorancia nos excusa, aunque sabemos que no todos han de ser salvados, sino poquísimos, según aquello que dice la Verdad: “Muchos son llamados, pero pocos son elegidos”¹³ y “estrecha es la vía que conduce a la vida...”¹⁴. ¿Qué respondemos

¹³ Mt. 20:15.

¹⁴ *Ibíd.*, 7:14.

de esto? Ya que, sin embargo, queremos que todos sean salvados y por todos oramos, sabiendo que ni nuestra voluntad ni nuestra oración pueden conseguir que suceda.

Pero dices aquello de Agustín: “Ama y haz lo que quieras”.¹⁵ Y recuerdas lo de Jerónimo “El amor no tiene medida”.¹⁶ De allí que a menudo la medida del amor nos obliga a excederlo, de modo tal que queremos llevar a cabo lo que de ningún modo es bueno o justo hacer y, por el contrario, no queremos que se haga lo que es bueno, como que los santos o afligidos sean asesinados, pues con esto colaboran en el bien. Pero reservamos esta discusión para nuestra *Ética*.

Texto latino

*Commentaria in Epistolam Pauli ad romanos, iv, 13:8-10*¹⁷

13:8

Nemini quicquam debeatis, nisi ut inuicem diligatis: qui enim diligit proximum legem impleuit.

Nemini quidquam debeatis, hoc est ita uos ab omnibus debitis absolute, ut nihil praeter caritatem debere uos recognoscatis. Quae sic semper est soluenda ut semper debeatur, et sic semper est impendenda ut tunc maxime retineatur cum impenditur. Pecunia autem cum persoluitur, ei cui redditur accedit et a reddente discedit. Diligere alterum est ei propter ipsum bene optare.

Inuicem, hoc est inter uos, ut sit mutua dilectio.

Proximum, intellige omnem hominem qui humanitatis natura nobis coniunctus est et ex eodem patre Adam communem nobiscum ducit originem. Si enim Apostolus proximum intelligat Iudaeum tantum, secundum quod in lege dicitur: “Non foeneraberis proximo tuo sed alieno”, nequaquam stare potest quod ait “eum

¹⁵ Agustín de Hipona, *I Johannes tractatus*, vii, 8.

¹⁶ Jerónimo, *Epistola 46*, i.

¹⁷ El texto latino corresponde a *Commentaria in Epistolam Pauli ad romanos*, ed. Buytaert, E., en *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis*, v. xi, Turnhout, 1969.

qui diligit proximum non adulterari”, etc., cum uidelicet haec etiam committi in infidelibus possint.

Legem Moysi dicit, ubi quae subiungit praecepta continentur.

13:9

Nam: non adulterabis, non occides, non furaberis, non concupisces, et si quod est aliud mandatum, in hoc uerbo instauratur: diliges proximum tuum tamquam te ipsum.

Nam: non adulterabis. Adulterari seu moechari pro omni illicito concubitu lex ponere uidetur. Alioquin nusquam illam fornicationem excluderet quae ab eis committitur qui coniugati non sunt. Cum itaque dicit: *non adulterabis*, speciem pro genere ponit, sicut e conuerso cum subdit *non occides*, genus pro specie. Non enim occidi ab homine bestiam sed hominem uetat. Tunc autem homo hominem occidit, non Deum per eum, ut supra quoque inuimus, quando id propria gerit uoluntate, non diuinae legis sanctione constrictus. De qua quidem iniusta occisione Dominus Petrum instruens ait: “Qui acceperit gladium, gladio peribit”.

Qui per se acceperit, ait, non cui a potestate traditur, ad iustitiam scilicet exercendam, gladio perire dignus est. Tunc etiam per se tantummodo absque Deo id facit, cum ad propriam uoluntatem implendam, non ad iustitiam exercendam id agens, homicida fit. Unde Augustinus, *Quaestionum in Exodo* capitulo xxvii: “Cum minister iudicis occidit eum quem iudex iussit occidi, profecto si id sponte faciat, homicida est, etiamsi eum occidat quem scit a iudice occidi debuisse”.

Non furaberis, id est non fraudulenter aliena tolles. Non enim Hebraei furtum fecerunt cum iussu diuino Aegyptios spoliauerunt ab his quae Dei magis quam ipsorum erant.

Falsum testimonium contra conscientiam scilicet loquendo.

Non concupisces, aliena scilicet non solummodo non tolles.

Et si mandatum, subaudis dilectionis, *in hoc* praecepto completur: *dilige* etc. Aliud est dicere *sicut te*, aliud “quantum te”. Ibi quippe similitudo, hic aequalitas ostenditur. Unde et cum Veritas ait: “Estote misericordes sicut et Pater uester

caelestis similitudinem potius misericordiae quam aequalitatem expressit”. Si autem unumquemque quantum me diligere deberem, omnes aequaliter a me diligendi essent. At uero cum nemo nisi propter Deum diligere debere uideatur, tanto amplius quisque diligere dignus est quanto Deo carior habetur et melior est. Si enim Deus, quia melior est, super omnes est diligendus, quicumque post eum meliores sunt, amplius diligendi sunt quam alii. Aliter quippe ordinata caritas non est.

Eum autem plus diligimus cui ut beatior sit optamus, licet ei de corporalibus bonis minus ministremus uel de eius salute minus quam de nostra, uel eorum qui spiritualiter nobis adhaerent, curam agamus. Tunc autem quemlibet sicut nos diligimus cum eum ad beatitudinem sicut nos peruenire uolumus, eadem scilicet intentione circa eum habita quae circa nos, quia uidelicet hoc ei bonum existimamus esse sicut et nobis. Fortassis enim cum quis alium oderit, eum in paradiso iam esse uellet, quo nihil melius ei optare potest; nec tamen ideo eum diligit, cum id non tam propter eum quam propter se ab eo liberandum faciat.

13:10

Dilectio proximo malum non operatur. Plenitudo ergo legis est dilectio.

Dilectio proximi. Vere qui diligit proximum non adulterabit, non occidet etc., quia nullum penitus *malum operatur*. Unde apparet Dauid, dum cum Bersabee fornicaretur uel Uriam ad mortem proderet, nequaquam proximum dilexisse; sed et cum alius dicat Apostolus: “Qui enim non diligit proximum quem uidet, Deum quem non uidet quomodo potest diligere?”.

Utique nec Deum tunc dilexisse uidetur. Quomodo etiam dici potest alterum diligere sicut se ipsum, cum nec se ipsum uere diligit qui a morte animae sibi peccando non parcat? Scriptum quippe est: “Qui diligit iniquitatem, odit animam suam”.

Plenitudo ergo. Quandoquidem scilicet proximi etiam dilectio legem implet, ut dictum est, ergo multo magis de genere ipsius, quod *est dilectio*, id recipi constat. Cum uero tota meritorum nostrorum summa in dilectione Dei consistat et proximi, diligenter utraque, si possumus, a nobis est describenda; et insuper demonstrandum quomodo, praetermissa Dei dilectione quae maior est, ausus sit Apostolus dicere dilectionem proximi legem implere.

Dilectio Dei ex toto corde in nobis est optima illa erga Deum uoluntas, qua ei tanto amplius placere studemus quanto amplius ei placendum esse recognoscimus. Ex toto autem corde seu ex tota anima id agimus quando sic ad eum penitus nostrae dilectionis intentionem dirigimus, ut non tam quid nobis utile sit quam quid ei placitum sit attendimus. Alioquin nos potius quam ipsum dilectionis nostrae finem, id est finalem et supremam institueremus causam. Dilectio uero Dei erga nos est ipsa diuinae gratiae de salute nostra dispositio. Proximum uero tamquam se diligit qui propter Deum tam bonam erga eum uoluntatem habet, ut sic se propter eum gerere studeat, ne ille de se iuste conqueri possit, sicut nec ipse sibi ab illo uult fieri de quo iuste conqueri queat.

Ad hanc autem proximi dilectionem illa duo naturalis legis praecepta pertinent: “Quod tibi non uis fieri, alteri ne feceris” et “Quae uultis ut faciant uobis homines, et uos eadem facite illis”. Quorum quidem praeceptorum intelligentia quae sit habenda, non fortassis omnibus patet. Saepe enim ex caritate aliis honorem aut beneficium impendimus quod ab aliis suscipere recusamus, uel saepe alios pro iustitia punimus uel etiam interficimus, cum hoc ab aliis nullatenus pati uelimus. Quis etiam nesciat nonnumquam nos uelle ipsa nobis fieri quae non conuenit? Nec tamen ideo nos aliis ea facere debere. Ut si uelim mihi assentire in malo, numquid aliis similiter assentire debeo ad peccandum? Saepe etiam praelato de subiectis exigunt talia obsequia quae nequaquam conuenit eos subiectis reddere, et pauperes a diuitibus multa sibi fieri uolunt quae minime ipsi aliis facere possunt, ut uidelicet hoc implere queant: “Quae uultis ut faciant uobis...”, etc. [...]

[S]ic accipi debent ut illud de iniuriis cauendis, istud de beneficiis impendendis intelligas, ac si dicatur: sicut te iniuriari non uis, sic ab alienis abstine offensas, et sicut tibi in necessitatibus tuis uis misericorditer subueniri, ita et aliis subueni, si possis, in suis. Nemo autem bonus se id posse fatetur quod sui iuris non esse uel sibi minime conuenire credit. Cum autem Deus propter se tantum sit diligendus, proximus autem propter Deum, constat in dilectione proximi dilectionem Dei includi, cum ipsa uidelicet sine dilectione Dei esse non possit. Unde et cum eam describeremus, prouide ‘propter Deum’ adiecimus. Dilectio uero Dei, cum naturaliter prior sit dilectione proximi sicut et Deus naturaliter prior est proximo, non ita e conuerso dilectionem proximi necessario comprehendit, cum sine proximo Deus diligi sicut etiam esse potest. Unde bene dilectionem proximi potius quam dilectionem Dei legem adimplere uidetur Apostolus dixisse.

Non immerito quaeri potest si eos quoque diligere debeamus, qui in inferno sunt uel qui praedestinati ad uitam non sunt? aut si sancti in alii etiam uita omnem proximum ita ut se diligent, tam eos scilicet quos damnatos iam uident uel damnandos, Deo reuelante, praeuident, quam electos? Sed cum in proximo, sicut diximus, omnis homo sit intelligendus, quomodo dilectionem proximi retinebunt, si quosdam non diligent? Aut quomodo ibi quam hic perfectiores habentur si in eis dilectio proximi sit contracta uel diminuta? Neque enim cum sanctos angelos diligamus, peruersos diligere debemus. Quomodo ergo rationabilis est uel eorum uel nostra dilectio, si in ipsa etiam diaboli membra complectamur? Numquid quia in hac uita qui praedestinati sint uel non sint ignoramus, ideo rationabiliter agamus omnes diligendo uel pro omnibus etiam orando? Aut si hoc fieri rationabile non est, quomodo id facere iubemur pro ipsis et non potius pro nobis, cum nobis magis quam ipsis proficiat? Quomodo etiam recta est intentio quae erronea? Quia enim id eis profuturum esse credimus, id agimus. Aut si nos adhuc ignorantia excusat, quid de hoc respondemus quod -cum non omnes saluandos esse sciamus, sed paucissimos iuxta illud Veritatis: “Multi uocati, pauci uero electi”. Et: “Arcta est uia quae ducit ad uitam...”, etc.- tamen omnes saluari uolumus et pro omnibus oramus scientes scilicet nec nostram uoluntatem nec orationem effectum consequi debere?

Sed dicis illud Augustini: “Habe caritatem et fac quidquid uis”. Et recordaris illud Hieronymi: “Caritas mensuram non habet”. Unde saepe caritas modum nos ita excedere compellit, ut fieri uelimus quod fieri nequaquam bonum est aut iustum, et e contrario nolle fieri quod fieri bonum est, sicut interfici sanctos uel affligi, quae etiam eis cooperantur in bonum. Sed hanc *Ethicae* nostrae reseruamus discussionem.

Recibido 2/05/2014
Acceptado 20/06/2014